

## EL CANTO DE LAS GOLONDRINAS

Las gotas del rocío de la madrugada se deslizan por los cristales de mi coche. Está amaneciendo y como cada mañana reproduzco un CD, un disco que contiene un ligero sonido, dulce y muy efímero, tan solo unos segundos pervive ese placentero momento, pero los suficientes para absorber la inmensa energía que me produce el canto de las golondrinas.

De niño decían que padecía de un extraño síndrome, la gente me veía retraído; solía esconderme entre los árboles y me quedaba ahí parado escuchando el trinar de las aves. Mientras los demás niños apuntaban con sus tirachinas a los nidos yo curaba las alas quebradas de las aves. Hablaba con los pájaros y sentía que ellos me contestaban y que eran los únicos que entendían a este niño solitario que buscaba tesoros que tan solo existían en su imaginación. Pero hoy sé que yo veía lo que los demás no eran capaces de apreciar. Todavía continúo hablando con las aves y bebo de su canto para poder sentir con total plenitud la esencia de la vida y de la felicidad, pero he aprendido a mantenerlo en secreto; no todo el mundo está preparado para enfrentarse a aquello que sus ojos o sus oídos no son capaces de percibir. Una joven doncella hace más de treinta años me hizo darme cuenta de todo aquello, ella y su ciudad fueron mi cura. La cura de la paradójica enfermedad de la inocencia, de esa creencia en la fantasía o tal vez tan solo me enseñaron que hay veces que debemos callar porque la sociedad no está preparada para entender el mundo fuera de los convencionalismos que hacen de la vida un lugar más seguro, estable y comprensible.

Yo todavía obedezco al canto de las golondrinas, aunque a veces he dudado de mi cordura y he llegado a pensar que los que me acusaban de raro tenían toda la razón. No sé si lo que me ocurre es un don o un terrible castigo. Todos aducían mi rareza al hecho de que el día que llegué a este mundo no respiraba y milagrosamente al cabo de unos minutos comencé a llorar. Ese instante fue el más feliz de mis padres, pero pronto comenzó su angustia al ver que su hijo apenas hablaba y cuando lo hacía contaba historias sin sentido. Lo que parecía una imaginación desmedida se transformó en una terrible enfermedad que convertía a su hijo en un niño insociable que tan solo cuidaba de las aves heridas.

Durante mi infancia visité decenas de psiquiatras y psicólogos, ninguno me comprendía y yo, la verdad, tampoco los comprendía a ellos. Mi enfermedad era el pánico que sentía por hablar y contar todo aquello de lo que tan solo yo era testigo. Nadie creía que las aves me

desvelaran secretos o que fuera capaz de encontrar tesoros enterrados hacía centenares de años, pero paradójicamente durante mi infancia llegué a descubrir decenas de cajas de metal ocultas en los campos que rodeaban mi ciudad, cajas centenarias que contenían deterioradas cartas de enamorados o viejos juguetes decimonónicos. En esos momentos yo me sentía tan afortunado, sin embargo nunca nadie me agradeció que hiciera crecer con mis descubrimientos las exposiciones del museo de la ciudad. El raro era y el raro continuaba siendo por mucho que demostrara que poseía un extraño don.

Un psicólogo aconsejó a mis padres visitar una pequeña, acogedora e histórica ciudad donde la banda sonora era el canto de las golondrinas, por ello es al único psicólogo al que le estoy agradecido. Esa ciudad es como mi segunda casa. Una ciudad rodeada de leyendas, donde las gentes pueden deleitarse contemplando sus edificios mudéjares, mezcla de culturas, donde los más creativos pueden imaginar leyendas o en algunos extraños casos como el mío pueden convertirse en auténticos espectadores de las insólitas, pintorescas y desgarradoras historias que ocurrieron en esta ciudad fronteriza, Teruel.

La primera vez que surqué las calles de esta ciudad mis ojos quedaron mirando una enorme torre, conforme más la observaba sentía que se inclinaba hacia mí y que era un poderoso gigante que extendía sus brazos en forma de alas para atraparme. Corrí a abrazar a mi madre y vi en sus ojos decepción; tenía nueve años pero seguía siendo un niño asustadizo que imaginaba paradojas sin sentido.

Hoy sé que aquel gigante que vi era Caladrius, pájaro legendario y Dios de las aves, capaz de curar la enfermedad de quien se ampara en él, haciendo que esta se disipe con el agitado vuelo de sus alas. Teruel es la ciudad del canto de las golondrinas, donde las aves impregnan cada rincón de sus legendarios e históricos monumentos y donde en el cielo se conjugan las nubes con las ráfagas coloridas del vuelo de bandadas de pájaros. Y allí está Caladrius protegiendo a cada indefenso gorrión, al igual que me protegió a mí. Dicen que Caladrius tan solo habita en los hogares de los reyes, pero ello son palabras tan inciertas porque ¿qué mejor lugar para habitar que en el que se conjugaron las tradiciones de dos culturas como ocurrió en la Torre Mudéjar del Salvador?

Todavía recuerdo esa placentera sensación cuando me senté junto a la fuente coronada por aquel pequeño *Torico*. En aquella plaza sentí que mi alma por fin se liberaba, que dejaba el miedo atrás y que comenzaba a enfrentarme a lo que verdaderamente era: un buscador de leyendas y tesoros ocultos, enterrados y tergiversados por el viento de los años.

Frente a mí había una tienda de moda cuyas retorcidas rejas recordaban a los palacios burgueses del siglo XIX. De aquella elegante y enigmática tienda tan solo me llamó la atención la fecha de su fundación, 1820. Comencé a imaginar cómo habría sido el primer día que aquella tienda abrió sus puertas, en ese momento sentí una punzada en el pecho, una extraña sensación de temor. Tenía miedo porque era la primera vez que imaginaba algo sin verlo con claridad ante mis ojos, pensé que acababa de perder el don que poseía y lo que tendría que haber supuesto un alivio me aterró. Pero nada más alejado de la realidad, lo que en verdad estaba ocurriendo es que estaba comenzando a controlar mi desenfrenada imaginación.

Vi a mis padres discutir de nuevo, se enfrentaban por mi culpa y por un motivo absurdo, pensaban que sentiría miedo por visitar a Diego e Isabel, dos amantes legendarios que convierten a la ciudad de Teruel en el pequeño epicentro del amor arrebatado e injustamente quebrado.

Me acerqué a mi madre sonriente y con una mirada algo desconcertante le dije si íbamos a visitar el Mausoleo de los Amantes, por primera vez vi en sus ojos sorpresa y cierta alegría. Mis padres se miraron, ambos sintieron que su hijo estaba comenzando a cambiar.

Todavía recuerdo cuando me detuve frente al sepulcro de aquellos dos enamorados cuya historia ni el tiempo ha sido capaz de marchitar. Las magníficas esculturas de Juan de Ávalos dan serenidad, descanso y reposo a dos almas cuyas manos no pudieron juntarse en la vida o tal vez sí llegaron a hacerlo aunque esa unión fuera muy efímera.

Salí de la Iglesia de San Pedro con un cierto desasosiego como si todavía me aguardara un secreto, como si el espíritu de alguno de los dos amantes fuera acompañándome y en ese instante vi cientos de golondrinas que cantaban mi nombre: —Esteban. —Y Caladrius me sonreía desde su gigantesca morada. El canto de las golondrinas guió mis pasos hacia aquella tienda en la que antes había fijado mi atención.

Fue entonces cuando vi en ese escaparate un magnífico y elegante vestido de seda persa, pero tan antiguo como la historia de los amantes. Mientras todos veían unos maniqués con pantalones y camisas yo veía aquella pieza de museo incorrupta al paso del tiempo. En aquel instante una bella dama tocó mi hombro y me tendió su mano.

—Hola Esteban. Llevo siglos buscando a alguien como tú, al elegido. Aquel que llegada la hora descubra toda la verdad.

— ¡Isabel! —exclamé sin asustarme; acababa de desaparecer el niño temeroso y algo cobarde.

—Ese vestido que ves me lo regaló Diego cuando regresó del campo de batalla, debería haber sido mi vestido de novia, pero por desgracia aquella boda nunca ocurrió. Tú algún día desenterrarás toda la verdad, pero haz de controlar tus impulsos. Sé paciente, dentro de unos años tú serás el elegido y nadie dudará de tus palabras. Aunque antes te contaré la verdadera historia de los Amantes de Teruel; la juglaresca hizo que hayamos pervivido siglos tras siglos, pero también transformó y tergiversó nuestra historia.

— ¿Y por qué yo? —le pregunté, pensando al mismo tiempo que la momia cadavérica que había visto momentos antes había sido una mujer tan hermosa y que nunca nada es como la humanidad se imagina, que todas, cada una de las historias de este mundo, están envueltas en brumas de leyenda.

—Porque has sido capaz de escuchar el canto de las golondrinas y Caladrius te ha elegido —me contestó sonriendo. Isabel era enigmática, parecía tan antigua y a la vez tan segura de lo que estaba ocurriendo. Era un fantasma surgido en el pasado, pero viviendo en el más puro presente.

—La familia de Diego había quedado prácticamente arruinada en manos de los prestamistas y por el contrario mi familia gozaba de gran poder, por lo que mi padre lo rechazó como mi futuro esposo si no conseguía hacer fortuna. Ante ello Diego marchó al frente de batalla para regresar como un valeroso caballero y cumplir la promesa de convertirse en mi esposo, pero yo no cumplí mi palabra, aunque por desgracia tenía mis razones porque nuestras manos si llegaron a unirse la noche anterior a su partida. Fue el encuentro amoroso más pasional y tierno de todos lo que la humanidad conocerá jamás, nuestro primer y último encuentro. Cuando Diego emprendió su camino yo no quedé sola, en mí yacía el fruto de nuestro amor, Alonso, nuestro hijo. A las pocas semanas de su partida supe que estaba embarazada y no tuve mejor opción que aceptar el matrimonio con el hermano del Señor de Albarracín, Pedro Fernández de Azagra, hombre que me arrebató al amor de mi vida y me condujo hasta la muerte. Pero, ¿qué podía yo hacer? Si se descubría mi embarazo me humillarían, me hubieran desterrado y repudiado, mancillando el nombre de mi familia. Diego tardaría cinco años en regresar y en el siglo XIII ser madre soltera era la mayor humillación para una mujer. Así que contraí matrimonio para hacerle creer a Pedro que ese hijo era suyo. Fueron cinco años horribles, un martirio constante

ante los golpes de un hombre que no me amaba y que casó conmigo por la unión de dos familias ricas de la ciudad de Teruel. Diego cumplió su promesa cinco años después. Todavía recuerdo su semblante sonriente cuando puso en mis manos este vestido —dijo Isabel señalando al escaparate—. Yo le conté lo sucedido entre lágrimas y él tan solo me pidió un beso y conocer a su hijo. Me negué a entregarle ese beso para no convertirme en una mujer deshonrosa, pero no a que conociera a su hijo. Pedro, que me vigilaba constantemente, fue testigo de aquellas palabras y a traición y por la espalda clavó su espada en el cuerpo de Diego, muriendo él en mis brazos. Aun así Pedro no se conformó con asesinar a Diego, también para infringirme el mayor daño posible, mató a un pobre niño de cinco años, mi hijo. Ya no me quedaba nada en la vida, así que le pedí al viejo alquimista de la ciudad que me diese un veneno que acabara con este infierno. Pero antes de tomarlo dejé enterrado el cuerpo de mi hijo y este vestido, último símbolo del amor que Diego me procesaba, en un callejón estrecho, el mismo lugar donde hace casi doscientos años se erigió esta tienda. Después de ello ingerí ese veneno en el preciso instante en el que le daba mi último beso a Diego en nuestro lecho de muerte. ¡Tú, como elegido, deberás de encontrar el cuerpo de mi hijo y este vestido algún día no muy lejano! —Tras esas palabras Isabel se alejó llorando, perdiéndose en una densa niebla que tan solo yo era capaz de vislumbrar. Observándola pude ver al mismo tiempo a una mujer y a una madre rota de dolor por culpa de una sociedad que desoye los verdaderos anhelos y deseos de las mujeres. En ese momento supe que no debía de tener miedo, que los fantasmas del pasado acudían a mí para la cura de sus almas.

Hoy estoy aquí de nuevo, escuchando el canto de las golondrinas. Acaban de encontrar un pequeño ataúd con un vestido tras las reformas de la enigmática tienda y como arqueólogo y sociólogo me han avisado para que efectúe las averiguaciones oportunas y determine a quién pudieron pertenecer. Isabel tenía razón, debía de ser paciente para que todo el mundo me escuchase. Ahora debo de darle el descanso que se merece ese pequeño niño, hijo del amor de los Amantes de Teruel. ¡Cuántos inocentes pagaron y pagan por los odios y rencores de hombres sin escrúpulos! Vuelvo a ver a Isabel, me está mirando con esos ojos de agradecimiento que solo una madre puede tener y tras de ella Caladrius se inclina hacia mí, convirtiéndome yo ya en su más fiel servidor.